

## FALLECIMIENTO DE DON CARLOS GONZALEZ RUBIO\*

Por CARLOS M. PARDEY

Señoras y señores:

Nos congregamos en este lugar, para servir de testigos de que el mitológico barquero Carón, apresta su fatídica nave, para transportar a la insondable orilla opuesta a la vida, el cuerpo ya inanimado de Carlos González Rubio. A esa incógnita orilla, de donde sólo tenemos noticias de haber regresado, el piadoso Lázaro, por virtud de las evangélicas palabras del Rabino de Galilea.

Al estar hilvanando estas líneas, la diosa mítica del recuerdo, trajo a mi mente remembranzas de un discurso pronunciado por el Presidente de la Federación Internacional de Sociedades Bolivarianas, el doctor Antonio José Rivadeneira, en la Quinta de San Pedro Alejandrino; en ese sacro lugar en donde el alma febril de nuestro epónimo Libertador Simón Bolívar, se deslizó de su materia para enrumbar su ascensión hacia las regiones de la gloria y la eternidad; en ese sagrado recinto en cuyos alrededores la naturaleza derrama permanentemente majestuoso silencio, para invitar a los que allí concurren en peregrinación patriótica, para que mediten y se inspiren en los sentimientos de confraternidad americana que tanto preocupó en vida a nuestro visionario héroe; sacrosanto silencio que al unirlo al recuerdo impercedero de la gesta bolivariana, conturba el espíritu y enmudecen el pensamiento. En ese pritanoo recinto, declamaba el expositor, antes mencionado, el idearium que debe practicar todo buen ciudadano bolivariano, para que dignamente merezca ese calificativo. Al exponer esos principios, expresó:

“A mi juicio, ser bolivariano es adoptar una determinada actitud ante la vida, en función de patria y de progreso; es practicar toda una filosofía de respeto y de tolerancia por la opinión ajena, es defender la dignidad de la persona humana; es anteponer las soluciones de la inteligencia a las de la fuerza; es cuidarnos siempre de cometer actos indignos; es cumplir estrictamente con los compromisos adquiridos; es respetar la autoridad legítima y el orden constituido; es proscribir el odio, tanto en las relaciones de los pueblos, como de los individuos; es garantizar la estabilidad de la familia, como fundamento de la sociedad civil; es imprimir ética y estética a la conducta humana; es propender por una sociedad más igualitaria y justa; es enseñar y practicar la sublime costumbre de la paz; es perseguir sin causa y sin fatiga la verdad; es en fin, dignificar el comportamiento humano hasta alcanzar la meta ideal de “preconizar la ciencia, no como poder, sino como verdad, mantener el orden, no como esclavitud sino como armonía y enseñar a amar la libertad, no como belleza sino como justicia”.

Al concatenar el anterior Decálogo con las prácticas que informaron la vida sin mácula de Carlos González Rubio, se me antoja concebir el pensamiento de que el esclarecido expositor calcó su sublime idearium, como producto de la contemplación y del análisis de la provechosa y fecunda existencia del amigo, del com-

\* Palabras pronunciadas ante el cadáver de don Carlos González Rubio, en el acto de su inhumación verificado en el cementerio Jardines del Recuerdo.

pañero y del maestro de las ideas bolivarianas, a quien hoy venimos a entregarle su cuerpo, como tributo inexorable a la Madre Tierra, porque la vida de Carlos González Rubio, siempre estuvo en función de patria, sirviendo de rutilante antorcha para iluminar la gesta bolivariana, e impulsando su progreso al través de los laboratorios químicos que fundó y conservó en permanente producción, desde donde emanaba medicamentos destinados a remediar males corporales que afligen a muchos seres humanos, rescatándolos de las garras de la muerte; Carlos González Rubio fue apóstol de tolerancia, jamás salieron de sus labios imprecaciones para condenar la opinión ajena. Defendía la dignidad de la persona humana, procurando enaltecerla y ayudando a sus amigos con sabios consejos, con narraciones históricas u ofreciéndoles sus conocimientos o el copioso archivo que atesoró, llenos de hechos pretéritos, para que ellos pudieren relieves sus conocimientos en el campo de la historia y del saber; jamás convenció a nadie usando la fuerza, siempre convencía por la fuerza de la razón que brotaba de su inteligencia. Las luces que emanaban de su ser penetraban en forma sutil y muy hondamente en la comprensión de los que en sus mentes conducían tinieblas de ignorancias o de desvaríos, haciéndoles resplandecer la verdad, en los antes oscuros rincones de sus pensamientos

Señores:

No creo que haya ser humano, de mente lúcida que pueda intentar colocar en el recuerdo de su existencia, ninguna fatídica ni sarcástica tablilla, como la que colocaron mentes extraviadas, en la cruz en donde aprisionaron al belemita Redentor. Y no creo que existz, porque en su vida diáfana y sencilla, la ponzoña de la calumnia jamás se atrevió a llegar para agujonear su reputación de hombre de bien. Y si por algo le aureolaron su pecho con medallas y collares corporaciones nacionales y extranjeras, se debió por haber sobresalido sus méritos como hombre respetuoso de las instituciones nacionales y foráneas. Su vida fue un constante desvelo encaminado a la propagación de los principios bolivarianos, propugnando por el ideal de la unión y el de la confraternidad entre los ciudadanos y los pueblos. Y en esa épica lucha, sólo ha tenido reposo, hoy, cuando su inteligencia, su bondad y su espíritu cristiano, han abandonado su descarnado cuerpo; como padre de familia, descolló por sus buenos ejemplos. Y fruto de esos desvelos, lo constituyó el hecho de que, del seno de su hogar hayan salido distinguidas matronas apreciadas por nuestra sociedad por las virtudes que rielan como amantes esposas y comprensivas y amorosas madres; por principios éticos, siempre aplicó la rectitud de sus costumbres en sus juicios, distinguiendo el ideal del bien y rindiéndole pleitesía al practicarlo, aportándose y condenando el mal. Fue amante de lo bello, ferviente admirador de las formas estéticas que modelan cinceles y pinceles, como también la belleza que la pródiga naturaleza brinda a la contemplación. Se embriagaba con las aguas que brotan del manantial de pensamientos edificantes de los seres pensantes, lo que dejan consignados, en libros, revistas o periódicos; con constancia, abnegación y desinterés, predicaba la igualdad ante la justicia social. Su vida fue un dechado de paz: la subversión no fue sentimiento que visitó su mente, ni obnubiló sus acciones, ni sus pensamientos. Su andar tranquilo y pausado, su hablar discreto y reposado reflejaban el perfecto hombre de paz; siempre transitó por la luminosa

senda de la verdad; la mentira, esa ingrata sensación, jamás penetró en su mente ni afloró en sus labios. Por meta, tuvo la de dignificar su persona para hacerla acreedora del aprecio de sus amigos y de sus conciudadanos. Fue comprensivo mantenedor del orden, y al través de sus prédicas bolivarianas, nos enseñaba a amar la libertad y venerarla, para que nos constituyéramos en despiertos centinelas de ella, no por su belleza, sino por la justicia que ella emana para alimento de los ciudadanos y de los pueblos, al recibir sus benéficas radiaciones.

Señores:

Como las anteriores cualidades informaron la vida de Carlos González Rubio y están acorde con los principios que debe practicar el verdadero bolivariano, llegamos a la feliz conclusión de que el llorado amigo a quien venimos a depositar en su última morada terrenal, constituyó el perfecto ciudadano. Por lo tanto, la lógica y la justicia recomiendan que al reconocerle esa enaltecida virtud, le otorguemos el título de fervoroso Apóstol del Bolivarianismo, para que irradie el ejemplo de su vida y sirva de lumbre y de guía a las futuras generaciones y se inspiren en ella, en bien de la patria.

Carlos González Rubio:

Apreciado amigo y compañero, maestro y fiel centinela de los ideales bolivarianos: al depositar hoy tu cuerpo, en la oquedad del sepulcro que lo va a recibir, te deseamos que descanses en paz, como premio a tus merecimientos; que nosotros, también en días aciagos para nuestros familiares, aquí vendremos a hacerte compañía. Y contigo estaremos hasta el instante en que los Angeles del Señor nos dejen oír las armoniosas notas de sus trompetas celestiales, anunciadoras de que ha llegado el instante de la resurrección de la carne, para entonces, en vuestra compañía, escuchar la repetición de las sublimes y evangélicas palabras del Divino Maestro: "Lázaro, levántate y anda!"

Barranquilla, abril 1º de 1980.

## LA ACADEMIA Y LOS ARCHIVOS NACIONALES

Caracas, 10 de enero de 1980.

Doctor  
JOSE GUILLERMO ANDUEZA  
Ministro de Justicia  
Su Despacho.

La Academia Nacional de la Historia en su junta ordinaria del 13 de diciembre de 1979, consideró el caso de la microfilmación de documentos sustitutivos del original, tal como está planteado en la Ley Orgánica de la Administración Central y estudió el problema en sus diversos aspectos; especialmente por la pérdida que